

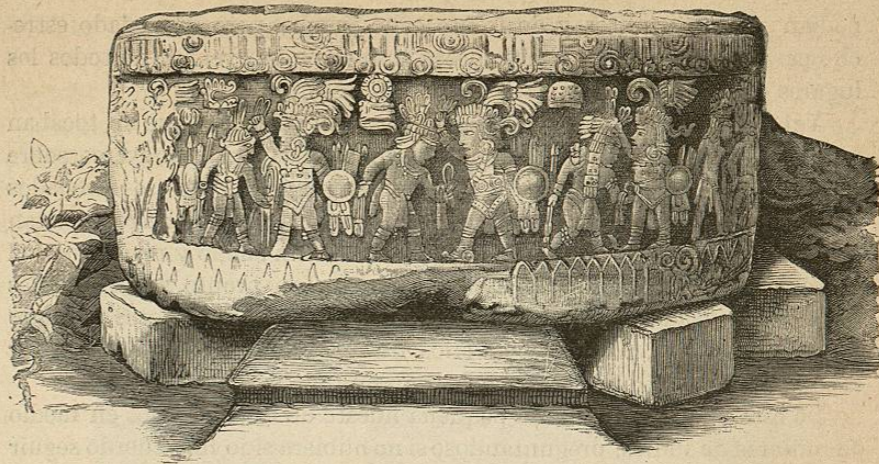
llevaba el nombre de Cuiclahuac. Allí vieron los españoles extraños jardines é islas flotantes, que podían trasladarse á voluntad de un lado al otro del lago, y que con sus magníficas flores y cuadros de hortaliza presentaban encantador aspecto.

Una vez pasada esta pequeña ciudad, que contaba 2,000 habitantes, siguieron su marcha sobre el dique hasta llegar al continente, donde fueron cuplimentados por los caciques de las ciudades de Coluocán é Iztapalapán. En esta última fué instalado Cortés en un palacio que daba idea completa de la arquitectura mexicana. Los edificios estaban construídos con baldosas muy bien labradas; toda la madera empleada era de cedro y otras maderas finas y olorosas, las paredes estaban revestidas de tejidos de algodón que ostentaban magníficos colores, y además reunía el palacio toda clase de comodidades domésticas.

En muchos aposentos veíanse pequeños jardines matizados de magníficas rosas, con fuentecillas de agua dulce á las que se subía por unas bonitas escaleras. Los edificios estaban cercados por un gran jardín de maravillosa belleza, con grandes cuadros de flores, bosquecillos de rosales y árboles que circundaban un estanque de 1,600 pies de circunferencia, cuyos bordes estaban hechos de piedras de colores y en el cual se veían toda clase de aves acuáticas y peces de brillantes colores. En medio de estas portentosas plantaciones pasó Cortés algunos días, viendo acercarse, con el corazón palpitante, aquel que había de llevarle al objeto de sus deseos y por el cual había caminado meses enteros: á la hermosa ciudad de Tenochtitlán.



Plato de barro pintado
Existente en el Museo de Instrucción pública de Berlín



La piedra del Sol ó de Tizoc, existente en el Museo Nacional de México

LOS ESPAÑOLES EN TENOCHTILÁN

Era el día 8 de noviembre del año de 1519. El sol de la mañana elevábase radiante de detrás de los altos picos nevados de la montaña desde la cual miraban á la llanura hermosísima de Anahuac (1) las gigantescas cúspides del Popocatepetl y el Iztaccihuatl. En medio de esta plataforma rodeada de azuladas montañas veíanse diversos transparentes lagos, y en el mayor de ellos hallábase situada aquella ciudad maravillosa donde se disfrutaba de una primavera eterna, y que había elegido por residencia el temido soberano de los aztecas.

Allí se dirigía Cortés con su ejército en las primeras horas de la mañana del mencionado día. El camino se extendía sobre un dique tan ancho que

(1) Esta llanura, situada á 2,200 metros sobre el nivel del mar, y que tiene unos 60 kilómetros de diámetro, es el cegado cráter de un inmenso volcán que, extinto desde hace siglos, debe de haber sido el más terrible del mundo. Sobre el fondo de este inmenso cráter reuniéronse, una vez apagado el volcán, tan grandes masas de agua que le llenaron por completo formando un mar. En el transcurso del tiempo secóse éste en parte, dividiéndose el resto en diferentes lagos que en tiempo de los aztecas cubrían aún la mayor parte de la alta planicie. Los lagos más pequeños de Zumpango y Xaltocán estaban situados en la parte Norte de la misma, y los de Chalco y Xochimilco, en la del Sur, estaban divididos por un dique, pero en sentido hidrográfico totalmente unidos. El centro de la plataforma se hallaba ocupado por el importante lago de Tezcoco. Una extraña particularidad es que los lagos Zumpango, Chalco y Xochimilco contienen agua dulce, mientras que los de Xaltocán y Tezcoco son salados.

podían marchar juntos y de frente ocho jinetes, pero demasiado estrecho para contener las enormes masas humanas que venían de todos los lugares de los alrededores para ver á los forasteros.

Veíanse espectadores por todas partes, tan apiñados que se tocaban sus cabezas, siendo tal la aglomeración que apenas podían moverse; sobre las aguas del lago cruzaban numerosos barcos llenos de curiosos ataviados con sus trajes de fiesta. Los españoles, en honor de los cuales reinaba tan grande animación, enmudecían, dudando fuese un sueño y no realidad el espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos. Tan pronto veían grandes ciudades edificadas sobre tierra firme, como otras aún mayores saliendo de entre las aguas, y enfrente de ellos, iluminada esplendorosamente por el sol, veíase á la grandiosa Tenochtitlán en toda su magnificencia.

De este modo caminaba la pequeña hueste de los españoles en medio de millares de indios, preguntándose si no hubiera sido más cuerdo seguir los consejos de sus aliados indígenas, que con tanta insistencia habían tratado de hacerles desistir de su temeraria empresa.

Las inquietudes de los españoles no disminuyeron al ver que el dique situado en dirección Nordeste estaba cortado de trecho en trecho y que sobre aquellos cortes se habían echado fuertes puentes de madera que podían quitarse con facilidad, con lo cual quedaba completamente interceptado el camino así para los jinetes como para la infantería.

Después de pasar muchos de estos puentes llegaron á un baluarte sumamente fuerte, donde se unía el dique con otro que venía en dirección Suroeste formando un ancha calle que conducía á Tenochtitlán. El baluarte, llamado Xoloc, tenía dos fuertes torres y dobles murallas guarnecidas de parapetos. La entrada era por dos puertas muy bien defendidas.

Allí salieron al encuentro de Cortés unos mil caciques y nobles ricamente vestidos, que iban á darle la bienvenida en nombre de Motezuma. Pero antes de hablarle saludáronle á usanza del país, es decir, tocando uno detrás del otro la tierra con la mano y besándose después, ceremonia que los detuvo cerca de una hora. Al fin pudo ponerse nuevamente en marcha el cortejo, yendo por el dique del Norte en derechura á la ciudad. De nuevo fueron pasando algunos puentes, no escapándose á la penetración de los españoles que, una vez dentro de la ciudad, podían ser reducidos á prisión, pues bastaba que se levantaran dichos puentes para cortar toda comunicación con la tierra firme.

Pero no disponían de tiempo suficiente para entregarse á tales meditaciones, por cuanto, apenas pisaron la ciudad, vieron que se dirigía á su encuentro una lucidísima comitiva. Motezuma, el temido soberano de los aztecas, el emperador de México, se acercaba con gran acompañamiento.

Altos empleados del estado, luciendo largos bastones de oro, iban

delante del cortejo, compuesto de más de 200 grandes del reino, en medio de los cuales era llevado Motezuma sobre un trono de imponderable magnificencia, sobrecargado de oro y adornos de pluma.

Cuando llegaron cerca de los españoles abandonó las andas, siendo conducido por los principales caciques bajo un gran palio hecho de grandes



India del lago de Tezcocho conduciendo legumbres á la ciudad de México

plumas verde y oro, y adornado con piedras preciosas y adornos de oro y plata.

El cortejo formó entonces dos filas á los lados de la calle, por el centro de la cual iba Motezuma, llevando á sus lados á su hermano y sobrino. El suelo estaba cubierto de ricas alfombras para impedir que su sagrado pie tocase en tierra. Ninguno de los que le rodeaban le miraba, y el pueblo, arrodillado, esperaba respetuosamente con los ojos bajos la llegada de su soberano.

Motezuma era de estatura bastante elevada, delgado y bien formado, y contaría unos 40 años de edad. Su rostro, rodeado de negros y lacios cabellos, era de color más pálido del acostumbrado entre los indígenas de México. En sus ademanes demostraba dignidad y benevolencia.

Un ancho manto de rico dibujo, y adornado de plumas, rodeaba su cuerpo; llevaba además un taparrabos bien trabajado, valiosos brazaletes y ajorcas en los brazos y en las piernas, y en contraposición con su acompañamiento, calzaba una especie de medias botas cubiertas de piedras finas y con suela de oro. Adornaba su frente una alta y reluciente diadema de oro, de la cual salían penachos de pluma de un verde brillante que le llegaban á la espalda.

Entonces halláronse frente á frente aquellos dos hombres destinados á jugar el papel más importante en el gran drama de la conquista de México: de un lado el temido, pero en el fondo de su corazón noble, apacible y benévolo emperador de los aztecas; del otro Cortés, el duro é inexorable conquistador, encerrado en su armadura de acero.

Ambos inclináronse varias veces saludándose, y Cortés, que se había apeado, dijo: «Deseo que le vaya bien al gran monarca de México.» Y Motezuma contestó: «Séme bien venido.»

Por medio de la intérprete Marina conversaron ambos algunos instantes, y al terminar la conferencia rodeó Cortés al cuello de Motezuma un collar de cuentas de vidrio de colores, perfumadas con almizcle. Como hiciese al propio tiempo ademán de abrazar al monarca, los acompañantes del emperador estorbaron al punto esta muestra de amistad considerándola como un sacrilegio contra la sagrada é intocable persona de su soberano.

Motezuma adornó á su vez al conquistador con dos collares de conchas de langosta, de los que pendían ocho langostitas de oro perfectamente construídas.

Después que hubieron saludado también los grandes del reino á los forasteros, fueron conducidos éstos al palacio de Estado del emperador, situado oblicuamente enfrente del privado, y que había estrenado poco antes de la llegada de los españoles. Ambos palacios estaban separados por la gran plaza principal. El primero ocupaba un espacio en el que cabían más de 7,000 personas, poseyendo también un gran salón destinado á las grandes ceremonias.

A éste fué conducido Cortés, y Motezuma, luego que le hubo rogado se sentase en un rico estrado y que considerase como suyo el palacio, dióle de nuevo la bienvenida, y después que hubieron extendido ricos regalos á los pies del conquistador, sentóse enfrente de éste y habló así: «Desde luengos tiempos tenemos noticia por nuestros antepasados de que nosotros, actuales habitantes de este país, no somos los primitivos, sino forasteros oriundos de remotas regiones. Sabemos también que nuestros antepasados fueron conducidos aquí por un poderoso soberano llamado Quetzalcoatl, que más tarde se volvió por una temporada á su patria, situada al Este. Como se prolongase bastante tiempo su ausencia, cuando volvió no quisieron reconocerle como señor sus súbditos, que habían construído entretanto muchas ciudades, en vista de lo cual alejóse de nuevo. Hemos esperado siempre que aparecieran sus descendientes para tomar posesión de este país, y tenemos que creer que lo sois vosotros, puesto que la tierra de la cual afirmáis proceder está situada hacia Oriente.

»Creemos también que ese gran rey, que decís os ha enviado aquí, sea

nuestro primitivo soberano Quetzalcoatl, mucho más si posee, como decís, noticias nuestras desde largo tiempo. Por lo tanto, estad descuidados, pues nosotros os obedeceremos reconociéndoos por gobernador de ese gran monarca. Podéis gobernar el país á vuestro antojo, y todo cuanto poseemos está á vuestra disposición. Sé que los habitantes de Cempoala y Tlascala os han hablado muy mal de mí para alcanzar vuestro favor. Sé que os han dicho que poseo casas con paredes y suelos de oro, y que



Mixteca

Huastekina

(Según antiguas pinturas mexicanas de un Códice que se halla en la Biblioteca del Vaticano)

me erijo en un dios dejándome venerar como tal. Mas ya veis que mis casas son de cal, piedra y tierra, que soy de carne y hueso como vosotros ó cualquier otra persona, y que no soy impalpable, sino palpable y mortal.

»Veis, por lo tanto, que os han engañado. Ciertamente es que poseo algunos objetos de oro que me han legado mis antepasados; pero serán vuestros tan pronto como los deseéis. No os inquietéis por nada: seréis atendidos en todo lo concerniente á las necesidades de la vida, pues os halláis en vuestra casa y en vuestra patria.»

Hernán Cortés, que había notado con secreto placer que la ciega cre-

dulidad de Motezuma acerca de la antigua profecía de la vuelta de Quetzalcoatl, el dios del viento, favorecía en gran manera sus planes, no escaseó respuestas adecuadas que hicieran arraigar más y más tal creencia en el ánimo del atribulado monarca, facilitando así la conquista del reino azteca.

Los primeros días de su estancia en Tenochtitlán empleó Cortés en fortificar en lo posible su alojamiento, lo cual era poco difícil por estar rodeado el palacio de gruesas murallas y provisto de fuertes torres. Las armas fueron colocadas de modo que todas las entradas del palacio pu-



Un comerciante
(De una antigua pintura mexicana)

dieran ser defendidas con facilidad, y al anochecer del primer día mandó disparar algunos tiros para infundir á sus anfitriones el respeto debido al poder de los españoles. Para asegurarse contra cualquier sorpresa, se recomendó ejercer la más exquisita vigilancia.

Después de haber adoptado todas las medidas de precaución posibles, empezaron á recorrer la ciudad. Para ello no sólo les había dado permiso el amable Motezuma, sino que puso á sus órdenes altos empleados del gobierno para que les sirviesen de guía.

La Tenochtitlán de aquel tiempo, especie de Venecia india, estaba situada sobre una pequeña isla del lago de Tezcoco, en el mismo lugar ocupado hoy por la ciudad de México. Rodeada completamente por las saladas aguas del lago, sólo tenía comunicación con la tierra firme por medio de algunos diques. El que condujo á los españoles á Tenochtitlán guiaba en dirección Sur al baluarte Xoloc, dividiéndose allí en dos brazos que iban á parar á las ciudades de Iztapalapán y Coyoacán. Un segundo dique partía en dirección Norte y conducía al lugar de Tepeyac, y un tercero, construido en dirección Oriente, á la ciudad de Tlacopán. El plano de la antigua Tenochtitlán que reproducimos en la página 115 es copia de un grabado hecho en tiempo de Hernán Cortés, y si bien no da idea exacta de las distancias entre la ciudad y el continente, es de gran utilidad para hacer más comprensible nuestra descripción. Este plano ilustra la edición de las cartas de Cortés á Carlos V impresa en el año de 1524 en Nurenberg, y es, en unión de otro plano azteca conservado en el Museo Nacional de la ciudad de México, el único que, procedente de aquel tiempo, da aproximada idea de la situación de la residencia del poderoso monarca de los aztecas.

Los diques, según ya hemos dicho, estaban cortados, para dificultar ataques enemigos y dar paso á barcos y canoas. En tiempo de paz estaban cubiertos estos espacios por puentes que podían quitarse con faci-

dad. La ciudad, que se extendía en forma de tablero de ajedrez, tenía muchas calles, algunas de las cuales eran muy largas y anchas, y estrechas la mayoría de ellas. Había además muchísimos y anchos canales que cortaban en todas direcciones la ciudad, facilitando en gran modo el tránsito, y que eran surcados diariamente por millares de botes. Lo provechoso que eran dichos canales, bordeados de estrechos caminos de piedra para los transeuntes, lo demuestra el número de botes que hacía servicio en ellos, calculado en 30,000 por varios historiadores de aquella época. A estas embarcaciones hay que agregar las que usaban los habitantes de las cercanías del lago para entrar diariamente provisiones y otros objetos de primera necesidad.

Los palacios del soberano y de los altos empleados eran generalmente de piedra y estaban adornados ricamente con esculturas y trabajos de estuco, mientras que las casas de los burgueses, de un solo piso, sólo tenían cimientos de piedra, y estaban construídas de adobes, material empleado aún en la actualidad en México para toda clase de construcciones. Las paredes exteriores de estos edificios estaban sencillamente blanqueadas unas, y adornadas otras con diversas y características pinturas.



Zapotekina

(Según antiguas pinturas mexicanas de un Códice que se halla en la Biblioteca del Vaticano.)

Es difícil poder apreciar el número de habitantes que tenía la antigua Tenochtitlán. No poseemos datos precisos sobre este punto, y los que han consignado los antiguos cronistas españoles deben acogerse con gran reserva. Si bien son muy exagerados los que aseguran que la antigua Tenochtitlán llegó á contar 120,000 casas con tres á diez habitantes cada una, no nos parece apartarnos mucho de la verdad concediendo á la capital del reino azteca una población de 200.000 almas cuando menos.



Antigua moneda mexicana de oro (Existente en el Museo de la ciudad de México.)

El centro de la ciudad lo ocupaban los edificios del gran Teocalli, la plaza situada delante de éste, el palacio de Motezuma y el del Estado, que habitaban los españoles.

En su excursión por la ciudad dirigieron éstos últimos en primer lugar al gran mercado, al Tianquiztli de Tlatelolco, situado en la parte